

se siente caer y rueda, pero resistiéndose, al medroso fondo de uno de esos abismos de que está nuestra sociedad llena, sin cuidarse para nada de hacerlos desaparecer, ó de hacerlos visibles por medio de la enseñanza sin trabas: monstruosa, en una palabra, con el cerebro desprendido hasta el pecho, y confundiendo con el corazón sus latidos.

He aquí, mi distinguida amiga Isabelita, el tipo con que yo sueño. Si usted no se parece á él. . mirese usted por dentro y respóndame. Yo no puedo amar sino á una mujer que se parezca todo lo más posible á la que he descrito. Por fuera ya sé que es usted encantadora.

No la digo á usted, como en mi carta anterior, que la leso á usted con el pensamiento, para que no se incomode conmigo. Pero... en fin, yo la saludo á usted con mucha consideración.

ROMÁN MARTÍNEZ.

Madrid 12 Mayo de 1895.

SONETO

(A mi distinguido amigo Ricardo Calvo.)

Dejó de ser el pensamiento humano,
que, inspirado en el *Bien*, escaló el cielo.
Alma gigante, al remontar el vuelo,
llegó á la luz, é iluminó el arcano.

Envidias, odios, iras, tod, en vano
se concitó contra su hermoso anhelo;
una es la humanidad, uno el consuelo,
el mendigo, del rey no es más que hermano.

A la eterna *Verdad* un culto crea
su genio colosal; piadoso avanza
de nuestras luchas á extinguir la tea,
y al perder, con la vida, la esperanza
de ver el triunfo de su santa idea,
himno inmortal del universo alcanza.

M.

¡YA SOY PADRE!

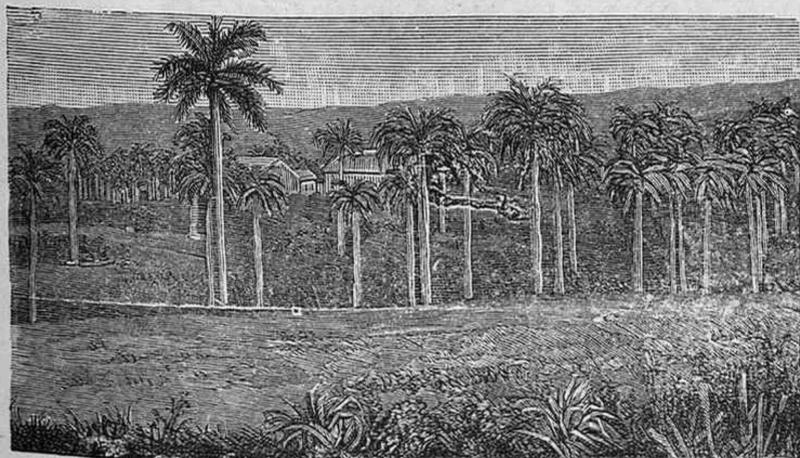
I

EL Padre Juan de mi cuento contaba veinticinco años, edad en que es imposible contener las dormidas pasiones, que al despertar son más funestas y traen consigo daños sin cuento.

Un año hacía que había salido del Seminario católico, donde estudió con toda brillantez la carrera eclesiástica, llamando la atención de profesores y condiscípulos el amor que profesaba á todo lo que era bello y sublime, teniéndole como modelo de virtudes.

A los ocho años quedó huérfano de padre y madre, y á no ser por los buenos sentimientos del cura del pueblo, que lo recogió, hubiera sido uno de tantos desgraciados que terminan por no ser nada que dé utilidad al prójimo.

Su bienhechor que, como educado en otra época, no entraba en los adelantos de la civilización, veía con pena que el muchacho se dedicaba con más vehemencia á las cosas mundanas que á los misterios de la religión.



ISLA DE CUBA.—VALLE DE QUINTANA Y SIERRA DE ANAFF, DESDE LA BODEGA DEL MORRO, TÉRMINO DE GUANAJAY, EN PINAR DEL RIO.

Cuando la sobrina colérica le contaba alguna diablura de Juanillo, se sonreía y contestaba:

—¡Qué cosas tienes, Milagros! ¿No comprendes que no es él, sino la poca edad?

—Eso es; déle usted alas, y remontará el vuelo más de lo debido. A mí no me importa nada; mas por usted me preocupo del qué dirán el día de mañana; ¡si es un granujilla!...

—Bueno, déjame en paz, que yo creo que será un buen ministro del Señor, y no el epíteto que acabas de darle; si es malo, no tendré remordimiento alguno; y si es bueno, Dios le premiará...

Refunfuñando salía la sobrina, desahogándose con dar al huérfano unos cachetes, si le encontraba á mano, mas éste huía de ella como alma que lleva el diablo, y se preparaba para hacer otra de las suyas.

II

En cuatro años aprendió todo lo que sabía el buen sacerdote, que estaba loco de contento al ver las dotes é inteligencia de su ahijado, que sufría reprensiones por descubrir en él una inclinación al sexo femenino que, según el padre, fué creado para la perdición moral del hombre; sin excluir á la sobrina, que parecía un alma cándida y encerraba un corazón á toda prueba.

Al ingresar Juanillo en el Seminario sostuvo una lucha terrible con su espíritu al tener que descender del pedestal de sus ilusiones, saliendo victorioso al pesar los beneficios que debía á su bienhechor, y dedicándose frenético al estudio.

¡Cuántas veces le sorprendió la aurora limpiándose las lágrimas, al recordar su pasada libertad y los pasados sueños dorados! Para él no existía más alegría que la que le proporcionaba las cartas detalladas del pueblo y la visita anual que le hacía su segundo padre, como llamaba al sacerdote.

Próximo á cantar misa, recibió una carta del alcalde, noticiándole el fallecimiento del cura, y ofreciéndole la plaza que dejaba éste vacante.

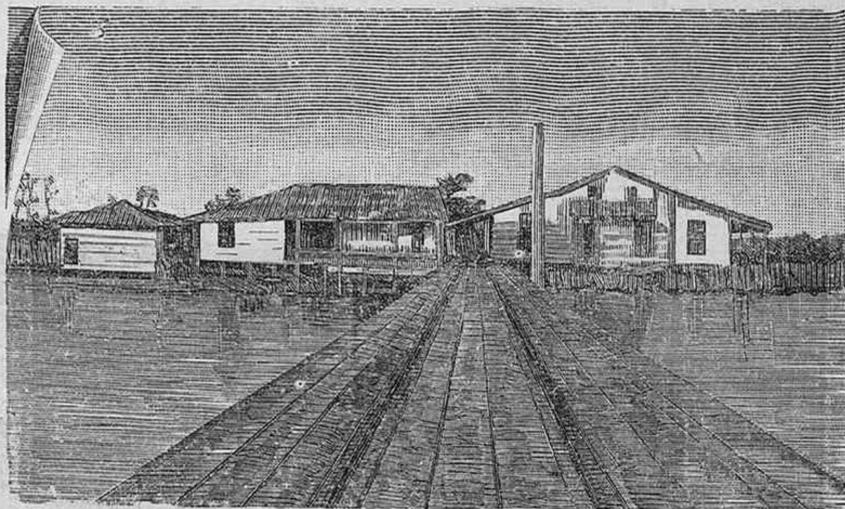
Pocos meses tardó en ordenarse y correr al pueblo para orar por sus padres y su bienhechor, creyendo que allí, con los recuerdos de la niñez y la sombra de los seres queridos, acallaría los sentimientos subversivos que le asaltaban al verse por segunda vez huérfano y con la carrera terminada.

III

La primera persona que vió fué á Esperanza, que estaba tan desarrollada y bella, que no era la chiquilla desgredada y sucia que había compartido con él los juguetes y golosinas, y habíanse llamado hermanitos.

Un «¡padre!» tan lánguido le dió al verle, y unas miradas tan hechiceras le dirigió, que envidió al rudo campesino, que acaso sería el compañero de su vida, empezando la lucha entre el demonio que le inspiraba el mal y el ángel bueno, que le decía:

—¡Sufré, misero humano, para que seas digno de gozar los placeres ofrecidos por el Sér Supremo! Y no te rindas á los



ISLA DE CUBA.—MUELLE Y ALMACENES EN LA ENSENADA DE GUADIEMA, ÚLTIMO PUERTO EN LA COSTA NORTE, EN PINAR DEL RIO.

pasajeros de la vida... Satán no dejaba tranquilo al joven, que, maltrecho y sin sostén donde apoyarse, cedió á las tentaciones del demonio, que orgulloso miraba su presa.

IV

Juan y Esperanza huyeron del pueblo, que cree percibir aún el acre olor de azufre que dejó el diablo; y Juan, para acallar el grito de su conciencia, exclama al verse rodeado de sus hijos:

—¡Ya soy padre efectivo!

MIGUEL P. HERCE.

Marzo, 1895.

COSAS DE LA VILLA

Un amigo mío, persona de talento, originalidad y gracia en las frases, me decía no ha mucho tiempo:

—España no será país hasta que otra nación nos descubra.

Si hubiera dicho:

«Hasta que nos conquiste», la frase no hubiera sido tan exacta ni tan nueva.

Es verdad: necesitamos que nos descubran, porque vivimos en situación anormal constantemente.

Comprendo las luchas electorales entre canovistas y silvelistas: ¡ya lo creo! Y no hubiera yo faltado, aún cuando no fuese elector, á ver cómo iban los habitantes de Madrid mayores de edad, á depositar sus votos.

—El derecho al *naufragio* es *normato*, según me decía un barrendero de la villa.

Supongo que quiso decirme *barato*, ó algo, menos lo que decía

He presenciado casos curiosos en estos días.

Un ciudadano que *debutaba* como elector, preguntó al presidente de la mesa:

—¿Y desde donde voto?

—¿Cómo desde dónde? interrogó el presidente. Desde ahí, donde está usted; venga la papeleta.

Cuando terminó la operación, preguntó el elector:

—¿Cuánto debo?

En otro colegio disputaban dos individuos sobre cuál era la candidatura ministerial.

Por fin resolvieron meter dos papeletas diferentes en un sombrero.

—Tú sacas una, decía el inventor del sistema, y esa votamos.

—¿Y si nos resultan enemigos los que figuran en ella?

—Tienes razón, reflexionó el dueño del sombrero. Sacaré yo, y entonces...

—¿Qué?

—Que ya *varea* la suerte.

—Caballero, advertían á un anciano que *reincidía* como elector; usted ha votado.

—¡Ah! ¿Y no puedo repetir? Yo creí que durante el período electoral, ó como ustedes le llamen, podría uno votar cuantas veces le acomodase.

Y un guardia del orden público replicó con seriedad:

—*Esus son casus muy contadus, caballero.*

Ello es que cada cual se divierte como puede.

Unos votando, otros ganando y otros perdiendo.

Y tan verdad es esto, que anoche oí decir á un candidato de los derrotados, que hablaba con otra víctima del naufragio:

—¡Nos hemos divertido!

R. MARTÍNEZ.